

# Único Sobreviviente: Perdido en el tiempo

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Único Sobreviviente, 2022

© de la redacción: Ana González Corecho

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-28-1

Depósito legal: M. 11284-2022

Printed in Spain

# PRÓLOGO

Valencia, 2026

—¿Qué escribes tan concentrado? Termina pronto, todos los compañeros del laboratorio están ya esperando para ir a tomar algo...

Levanta la cabeza, arrancado por completo de sus cálculos por aquella voz familiar y decidida. Con un gesto disimulado, pasa la página del cuaderno para ocultar sus notas y le sonríe, aún desubicado.

La mujer, de tez clara, pelo castaño y determinación en la mirada, le devuelve la sonrisa y cuelga su bata en la percha de la puerta.

—... Sí, ya sé que lo de las celebraciones navideñas no te gusta, pero estas fiestas hay mucho que celebrar, ¿no? El Año Nuevo será NUEVO de verdad.

—Voy, voy, quería dejar apuntados unos cuantos detalles importantes que acabo de comprobar por última vez, y no quiero que el turrón y las copas me hagan perder la memoria...

Cierra el bloc de notas negro y lo guarda bajo llave, como siempre. Hay cierta información, información determinante, que no guarda ni en el ordenador ni en la

nube ni en ningún sitio oficial. Solo en ese cuaderno y en su cabeza: los únicos lugares seguros. Últimamente no sabe en quién confiar. Ha dado pasos de gigante y teme resbalar en uno de ellos, dejar atrás el terreno seguro y caer al vacío. Quizá podría confiar en ella..., pero le da miedo arrastrarla con él al hacerlo.

—¿Vienes? —lo insta.

Al atravesar la sala gris y aséptica, pasa junto a multitud de pantallas que muestran el trabajo incesante de los procesadores cuánticos. En ocasiones siente como si esa sala y todo lo que contiene fuera un ente, una criatura. La suya, creada por él, hermosa y terrible a la vez. Capaz de lo mejor y lo peor, como cualquier ser.

Tras una última mirada, cierran al salir. Pero él comete un error: no echa la llave, luego volverá.

Como suele suceder en estos casos, la puerta se abre de nuevo al poco y queda encajada con un ruido amortiguado. Una figura ha aprovechado el alboroto de la celebración para escabullirse entre los científicos ebrios, recorrer los pasillos y colarse en la sala a oscuras. Al salir, unos minutos después, lleva el móvil en la mano con la galería de imágenes llena de secretos.

Valencia, 2021  
Hospital General

A Carmen la despertó un revuelo en el pasillo del hospital, y no pudo evitar que se le escapara un gemido de exasperación. Era la tercera guardia que hacía esa semana y había tenido una noche ajetreada. Normalmente las madrugadas del sábado solían ser moviditas y le hacían perder la fe en el ser humano: algún coma etílico, peleas, accidentes. Pero esta lo había sido especialmente por la llegada de un hombre joven —demasiado joven— que habían encontrado en mitad de la calle, comatoso, sin signos de violencia. Lo habían estabilizado, le habían hecho todas las pruebas posibles y habían dado el parte a la policía, por si alguien denunciaba su desaparición. Lo habían dejado en una habitación, monitorizado, con un suero y con eso tuvo la esperanza de que su noche de trabajo acabara para poder dormir aunque fuera un par de horas.

El ruido de fuera no descendió, así que se frotó los ojos, se incorporó en la cama plegable, se puso los zuecos y se adecentó la coleta antes de salir. En la puerta, vio a Ana, la enfermera, que entraba a buscarla.

—Ana, ¿qué pasa?

—Venía a por ti. No te lo vas a creer, pero ha desaparecido.

Carmen frunció el ceño y se llevó una mano a la frente, como si estuviera intentando procesar sus palabras.

—¿De qué hablas?

—Del paciente que entró anoche, el chico joven en coma. No está en su habitación y lo estamos buscando por todo el hospital. Nadie lo ha visto salir por la puerta, tampoco. Se ha esfumado.

—Estás de broma, ¿no? Es imposible que se haya esfumado sin más.

María  
Valencia, 2027

Perplejidad absoluta frente al ordenador central de la sala del experimento. Cuatro personas se miran, enmudecidas. Nadie puede creer lo que está ocurriendo, ni tampoco sabe darle una explicación. Tras años de estudio y pruebas, todo estaba preparado para el viaje. Sin embargo, algo ha fallado desde el principio. Javier ha aterrizado en 2021; sin embargo, su cuerpo no ha reaccionado de la forma esperada. Sus lecturas cerebrales indicaban un estado comatoso; su localización, un traslado hasta el hospital.

Los primeros minutos hay discusiones, gritos, tensión. Nadie sabe dónde está el error y todos buscan al culpable en el de al lado, hasta que se sumen en un intenso silencio. Comprueban una y otra vez que su trabajo, en efecto, ha sido preciso, impecable. Lo que ha sucedido no estaba contemplado; es posible que el viaje haya tenido un impacto en el organismo del sujeto que no habían previsto.

Cada uno gestiona la incertidumbre como puede. Jaime pasea de un lado a otro; Ángel se remueve en su silla;

Mónica se muerde las uñas mientras no para de repasar los datos y María juega nerviosamente con el colgante que lleva al cuello. Pero al final, todos acaban reunidos en torno al ordenador de Jaime, pendientes de un punto inmóvil cuyas constantes vitales no varían... para bien o para mal.

De repente, un parpadeo en la pantalla, tan rápido que parece imperceptible. Algo ha cambiado. La localización física de Javier sigue siendo la misma, el año el objetivo fijado, pero la dimensión... la dimensión temporal es otra.

Todos intercambian una mirada inquieta, una pregunta flota entre ellos: ¿cómo es posible?

# CAPÍTULO 1

Solo

Él

¿?

Tres, dos, uno. Me despierto con una especie de lenta cuenta atrás que insiste en abrirme los ojos. Los párpados se me resisten: parece que lleven siglos cerrados, que las pestañas se hayan entrelazado como una enredadera y los hayan sellado para siempre. Tengo la certeza de estar despertando de un sueño muy largo, muy profundo, muy lejano...

Un escalofrío me recorre la espalda y el silencio es todo lo que me recibe cuando me asomo al mundo. Inhalo una vez y no huele a hogar; inhalo de nuevo y no huele a nada. Lo consigo. Me incorporo un poco, enfoco la vista y acierto a atisbar lo que me rodea: estoy en la habitación de un hospital.

Me cuesta respirar, y el escalofrío que hace unos segundos me abrazó se ha convertido en temblor. Busco mi voz y pruebo a moverme, un tímido tanteo que finge valentía y oculta el pánico a que no me responda el cuer-

po. Una pierna, otra; un brazo, otro. No siento dolor y tampoco tengo cicatrices ni heridas, pero estoy aturdido, y el mareo convierte el entorno en un vórtice en el que se mezclan fantasía y realidad.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?! —consigo articular, aunque las cuerdas vocales apenas hacen su trabajo y el final de la pregunta se me escapa en notas más agudas de lo que pretendía.

Lo único que recibo por respuesta es silencio.

Siento cómo las neuronas se me van conectando con torpeza y, con ellas, un mar de interrogantes me viene a los límites de la mente, se agolpan, se dan codazos para ser los primeros en dejarse resolver.

«¿Quién soy? ¿Qué me ha pasado?» Más silencio. La misma respuesta que obtuve de mi intento de grito hace un momento. Un eco ensordecedor se ha adueñado de mis recuerdos y de mis pensamientos.

El roce al pisar el suelo helado me estremece, pero consigo levantarme y empiezo a andar, muy despacio, con un ritmo opuesto a los latidos desbocados de mi corazón.

Lo que parece mi ropa me espera paciente sobre una silla a los pies de la cama, junto a un móvil que está cargándose; no tengo recuerdos, pero sí ropa. Es un comienzo. Me visto y me pongo los zapatos que asoman por debajo de la silla. Al menos no estoy desnudo del todo. Busco algo de temple por los rincones, tomo aire y me dirijo hacia la puerta de la habitación.

El pasillo está casi a oscuras, por lo que parece más gris, largo y estrecho de lo que ya es de por sí. El aire está viciado y el silencio se me carga en los hombros, me aco-

sa por los costados y me oprime el pecho. No hay nadie. Primero exploro la zona y llamo en busca de ayuda, intento acelerar el paso a pesar de mi debilidad, me desgañito en mi afán por encontrar compañía. No hay nada, no hay nadie, solo una pared por la que deslizarme para acabar encogido en el suelo, exhausto, con la cabeza entre las manos para que no me explote y la ansiedad hormigueándome en las yemas de los dedos.

No hay rastro de seres humanos en ninguna habitación, en ningún quirófano, en ningún rincón. Estoy completamente solo.

¿?

Al llegar a la calle, el agobio disminuye. Aunque todavía me fallan las piernas, el golpe del aire fresco me espabila y siento que el ritmo cardíaco se me revitaliza. Miro a ambos lados por instinto cuando cruzo a la otra acera, dispuesto a dejar atrás el hospital fantasma, pero los pocos coches que hay están aparcados y el tráfico brilla por su ausencia. Y no solo el tráfico: todo está vacío. Las tiendas, los bares, las clínicas, hasta los contenedores y los cubos de basura. Es como si la ciudad nunca hubiera estado habitada, como si los edificios fueran fruto de la nada y hubieran estado ahí desde el principio de los tiempos.

Levanto la mirada en busca de pájaros: nada vuela allí arriba y el cielo parece querer decirme algo que no comprendo. ¿Tal vez que busque ese azul en el mar? Porque algo me dice que sí, que estoy cerca del mar, noto la sal...

Deambulo por las calles y de repente me asalta mi propio reflejo en el escaparate de una tienda de ropa deportiva. Al menos sé que existo, lo cual no es poco teniendo en cuenta las circunstancias. Contemplo mi rostro unos instantes, asimilando mis rasgos: los ojos marrones, el pelo despeinado, la barba de varios días. Me pongo la capucha de la sudadera; necesito esconderme, creo que hasta de mí.

Al menos mi imagen no me causa rechazo; eso es un comienzo. «¿Quién soy? ¿Dónde vivo? ¿Tengo familia? ¿A qué me dedico?» No tengo respuestas, solo que ese tipo soy yo, sea quien sea ese yo, y durante un segundo me siento reconfortado al aceptarme. Supongo que no me queda otra, después de todo: en esta ciudad vacía, lo más parecido a un ser vivo son los semáforos, que me guiñan el ojo unas veces en rojo y otras en verde. Funcionan, y eso quiere decir que hay suministro eléctrico. El mundo sigue funcionando, aunque no haya ni un alma.

¿?

He encontrado un centro comercial. La ropa y los productos están perfectamente ordenados, las escaleras mecánicas van arriba y abajo, y las luces están encendidas. Ahora que lo pienso, el móvil estaba cargándose sin problema cuando lo cogí en el hospital, así que es lógico que los semáforos y las escaleras y los escaparates...

¡El móvil! ¿Cómo no lo he pensado antes? Deslizo el dedo tembloroso por la pantalla: no está bloqueado. Ante

mí, la primera información tangible, el primer dato real de mi paradero:

*13/02/2027*

Vale, estoy en 2027, en febrero, lo que explica la sensación de calidez primaveral que me envuelve a ratos. Reviso el móvil en busca de contactos, fotografías, archivos, chats, ¡algo!, pero la búsqueda resulta infructuosa. El aparato está formateado y las pistas sobre mí y mi vida brillan por su ausencia.

Intento llamar, pero no recuerdo ningún número y la agenda está vacía. Aparece una pantalla: SOLO LLAMADAS DE EMERGENCIA. Me tiemblan las manos cuando deslizo el dedo...

Puuuuuuu.

Puuuuuuuuuuu.

Puuuuuuuuuuuuuuu.

Espero, quiero esperar, quiero oír a una persona al otro lado. Pero lo único que me recibe durante los siguientes treinta segundos es el tono de llamada. Aun así, sé que este móvil está conmigo por algo. Lo siento mío, como la ropa.

*13 de febrero de 2027*

*Hora del almuerzo*

Cada vez tengo más claro que estoy cerca del mar. Casi puedo oír las olas, así que encamino mis pasos avenida

abajo y, al cabo de pocos minutos, estoy frente a una playa desierta con el mar en calma. Por primera vez, respiro muy muy hondo y lleno los pulmones de un aire que siento familiar y que me da un poco de tregua. Al fondo atisbo algunas embarcaciones. Parecen a la deriva.

Tengo hambre y sueño, estoy cansado. Llevo horas andando sin rumbo por una ciudad cuyo nombre ya se me ha desvelado: de acuerdo con varios carteles que he visto por la calle, estoy en Valencia. El instinto me dice que debo buscar cobijo, ponerme a salvo para descansar y reflexionar sobre lo que ocurre.

Y lo hago. Empiezo a llamar a porteros automáticos y puertas. Quizá la gente esté en casa, escondida, protegiéndose de algún peligro que desconozco. Contengo la respiración en cada intento y me pongo en guardia, por si el instinto de supervivencia hace que me detecten como una amenaza. Como nadie responde, empujo las puertas que me encuentro con la esperanza de que alguna esté abierta.

Al vigésimo intento, una cede y entro en un portal. Ya no estoy en la calle; la agradable temperatura de la tarde y la brisa marina de la playa se han transformado en un frío húmedo que me cala hasta los huesos. Parece muy apropiado para acompañar al frío que siento desde que pisé el suelo del hospital, hace siglos.

No sé forzar una puerta, lo que me da un dato más: parece que, por desgracia para mi presente, no soy ni delincuente ni ladrón, al menos no uno de los tradicionales, de esos que van por ahí con una ganzúa y aquí hurto y después gloria. ¿Y si soy más dado a los alunizajes...?